



Spanish Fort, Alabama, 12 de junio de 2026

Ah, buscar la paz...

Saludos cordiales una vez más amigos, hermanos, compañeros de trabajo, familia espiritual, e hijos de Dios dispersos desde aquí en la Costa del Golfo en el sur de Alabama. Mi esposa y yo oramos y esperamos que estén bien y que su semana haya sido bendecida.

El viernes pasado por la noche examinamos los temas de la infección, la amargura y ese viejo "espinazo bajo la silla de montar". La vida también puede y para algunos, a menudo lo hace presentarnos sucesos amargos, como muertes prematuras, graves problemas de salud, pérdidas de empleo injustas y relaciones deterioradas. La lista podría ser mucho más extensa.

A lo largo de los años, la mayoría de nosotros hemos afrontado alguno o varios de estos sucesos. Lamentablemente, dentro del Cuerpo de Cristo, todos hemos experimentado con demasiada frecuencia la última de estas situaciones.

¿No sería maravilloso que todos los problemas relacionales pudieran sanarse y resolverse? Sin embargo, las cosas no siempre suceden así, a pesar de los intentos por abordar los problemas que causaron el deterioro de la relación. Por supuesto, todos debemos esforzarnos por ser parte de la solución y no seguir haciendo cosas que forman parte del problema o que generan aún más dificultades. Pero los seres humanos somos humanos; todavía no somos espíritu.

De vez en cuando me gustaría examinar más de cerca y analizar algunos de estos aspectos de nuestra condición humana, así como la manera de superar los desafíos desde una perspectiva divina.

Permítanme aclarar primero que, de ninguna manera, soy el ejemplo perfecto. Sin embargo, eso no quita que sea un tema que deba debatirse.

Cuando era joven, me encantaba preparar trampas (que no causaran daño) para animales pequeños. Tras observarlos detenidamente a través de la trampa, los

dejaba en libertad. Lo curioso era que, a menudo, el animal atrapado parecía no tener ni idea de lo que ocurría, o bien se dejaba llevar por la tentación de conseguir comida y asumía el riesgo de ir a por ella. El mecanismo se disparaba o se cerraba rápidamente, y la trampa solía funcionar a la perfección.

Incluso observé cómo se desarrollaban los acontecimientos y me interesé por el proceso de todo ello.

De lo que aprendí extraje una lección que quizás resulte útil para otros.

Una de las “trampas” en las que podemos caer cuando alguien nos ha hecho daño es considerar que esa persona siempre está equivocada y que cualquier problema en la relación es, total y absolutamente, culpa suya. Podemos llegar a pasar por alto los cambios, las mejoras o incluso el arrepentimiento genuino que la otra persona demuestra, bloqueando así la reconciliación y la sanación de las heridas del pasado. Si no tenemos cuidado, podemos acabar con una lista interminable de todas las “cosas” que la otra persona hace o ha hecho, sin apenas examinarnos a nosotros mismos con honestidad. ¡Así somos los seres humanos!

En la mayoría de los casos, ambas partes tienen cierto grado de responsabilidad y empiezan a culparse mutuamente cuando surge un conflicto y este se intensifica. Por supuesto, si alguien manifiesta conductas verdaderamente abusivas, es necesario abordarlas. Si dichas conductas son lo suficientemente graves, es posible que la relación no pueda restaurarse por completo debido al daño ya causado.

El término “abuso” puede utilizarse en exceso o de manera incorrecta para calificar cualquier acción de otra persona que nos moleste. Podemos mostrarnos impacientes, descorteses o demasiado contundentes al expresarnos, sin que ello constituya realmente un abuso. Asimismo, existe una tendencia a reaccionar de forma exagerada al etiquetar como “abusivo” cualquier imperfección en las palabras o los actos, especialmente cuando la persona en cuestión ha cometido errores en el pasado que sí podrían calificarse legítimamente como abusivos.

El mundo en el que vivimos se apresura a etiquetar las cosas sin aplicar un pensamiento crítico o constructivo. Pocas personas asumen su responsabilidad y

muchas no buscan la reconciliación, sino que prefieren aferrarse al dolor y erigirse en víctimas. En la última década, una palabra que se emplea excesivamente al señalar culpables es “tóxico”. Esa persona es tóxica. Esta relación es tóxica. Creo que hay quienes leen demasiados libros de autoayuda y terminan incorporando esos conceptos a su propia forma de pensar.

Una cosa está clara: nuestro misericordioso Padre celestial nos llama a hacer cuanto esté a nuestro alcance para promover la paz con los demás. *“Busquen la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”* (Hebreos 12:14). Jesús enseñó en el “Sermón del Monte”: *“Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios”* (Mateo 5:9).

También enseñó: *“Pero yo les digo: amen a sus enemigos, bendigan a quienes los maldicen, hagan bien a quienes los odian y oren por quienes los ultrajan y los persiguen”* (Mateo 5:44). Orar “por” alguien no significa orar “acerca de” esa persona. Reflexiona sobre esto.

Leemos estas palabras de Mateo 5 y decimos: “Sí, lo entiendo”. Pues bien, llevarlas a la práctica es una tarea ardua que va en contra de nuestra naturaleza humana. Más adelante en su discurso, Jesús presentó la “Oración Modelo” o esquema de oración. Luego hizo una declaración que invita a una seria reflexión: *“Porque si perdonan a los hombres sus ofensas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial. Pero si no perdonan a los hombres sus ofensas, tampoco su Padre perdonará las ofensas de ustedes”* (Mateo 6:14-15).

Aquí es donde llegamos al núcleo de un aspecto importante de la paz, ¿verdad?

Recordemos la parábola que Jesús contó tras responder a Pedro sobre cuántas veces debía perdonar a su hermano cuando este pecaba contra él. Jesús dijo que debíamos perdonar setenta veces siete (es decir, un número ilimitado de veces). Ahora bien, sé que hay personas que esperan que sigas perdonando sin que ellas hagan el menor intento de cambiar o arrepentirse. Pero, una vez más, tratándose de nosotros los humanos, siempre hay excepciones, ¿no es así?

En la parábola recogida para nuestra enseñanza en Mateo 18:23-35, Jesús describió una situación en la que un siervo debía una enorme suma de dinero a

un rey. Como el siervo no podía pagar, el rey ordenó que lo vendieran como esclavo junto con su esposa e hijos, y que se vendieran también sus bienes para saldar la deuda. El siervo cayó de rodillas y suplicó paciencia y misericordia. El rey se compadeció de él y le perdonó toda la deuda. Sin embargo, aquel mismo siervo se encontró con un compañero que le debía una cantidad relativamente pequeña. Este le rogó paciencia y, al parecer, más tiempo para pagar la deuda. Pero el siervo a quien se le había perdonado la enorme deuda hizo que encarcelaran al otro. El señor se enteró de lo sucedido, se enfureció y entregó al siervo despiadado a los verdugos hasta que pagara su deuda.

Jesús resumió la lección de la parábola diciendo: *“Así también mi Padre celestial hará con ustedes si cada uno de ustedes no perdona de corazón a su hermano sus ofensas”* (v. 35).

Vuelve a leer ese versículo. Tú y yo debemos prestar atención a la lección de esta parábola y grabarla en nuestro corazón al relacionarnos con los demás. Una parte muy real de nuestro cristianismo consiste en buscar la paz con todas las personas... ¿cómo lo estamos haciendo?

Persisten las tensiones, a veces las relaciones dañadas parecen irreparables y nunca es fácil. Pero, con Cristo viviendo en nosotros con su Espíritu, ¡ciertamente hay esperanza! Cuando no hay esperanza, el corazón enferma (Proverbios 13:12).

Al entrar en su día de reposo, ¿te unirías a mí para reflexionar, orar y meditar sobre estas ideas?

¡Amigos, brazos arriba! Nuestras oraciones y pensamientos están con ustedes todos los días. Por favor, oren por nosotros.



T. S. Hoefker

(Pastor principal, *Ministerios de la Iglesia de Dios*)

E-mail: tshoefker@cogministries.org / Sitio en Internet: www.cogministries.org

Teléfono en oficinas: 251-930-1797 / P.O. Box 983, Daphne, AL 36526-0983